

The background of the cover is an abstract painting. It features a central figure, possibly a person, rendered in dark, almost black tones. The figure is holding a light-colored umbrella. The surrounding space is filled with large, overlapping, textured brushstrokes in various colors: vibrant orange, deep blue, bright green, and pale yellow. The overall style is expressive and somewhat somber, reflecting the book's title.

Marina Garcés

La pasión
de los extraños

Una filosofía de la amistad

Galaxia Gutenberg

MARINA GARCÉS

La pasión de los extraños

Una filosofía de la amistad

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio Todos Tus Libros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2025

© Marina Garcés, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 63-2025
ISBN: 978-84-10317-20-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta
obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Nos queremos
solos*

Índice

Prólogo. Amistades borrosas	II
Capítulo 1. Vínculo sin ley	21
Una creación sin finalidad	22
En los márgenes de la vida política	26
Normatividad y ritualidad	31
Un ideal bajo sospecha	34
Capítulo 2. Un consenso inquietante	39
La tradición de los títulos	41
La amistad es un bien que contribuye a la virtud	45
No todas las amistades son verdaderas	46
La amistad es la antítesis de la dependencia	49
El tiempo de la amistad es el tiempo de una vida	52
La amistad es personal y política	53
La amistad: una épica moral	55
Capítulo 3. Puntos ciegos	61
Amistad y utilidad	62
La amistad contra la tiranía	65
La separación de los amigos	69
El amor al prójimo	74
Amigos y enemigos	80

Capítulo 4. La pasión de los extraños	85
No hables con extraños	87
Encanto e inquietud	89
La democracia de los desconocidos	92
La pasión y la amistad	94
Capítulo 5. Distancias íntimas	101
El arte de contar la vida	102
Salvar la distancia	105
Inclinaciones	108
Intimidades simuladas	110
Guardar el secreto	113
Capítulo 6. Explorar los límites	117
El sentido de la aventura	118
En femenino plural	122
Sin más amistad que las montañas	126
Los animales y las cosas	129
Capítulo 7. Revoluciones y retaguardias	133
Amistad y utopía	135
Figuras de la igualdad política: camaradería y fraternidad	138
Sororidad y comunidades de lucha	142
La familia escogida	144
La amistad como forma de vida	148
Capítulo 8. La invención de la soledad	153
Jerarquías de la soledad	155
Violencia, deseo y promesa	158
Risa y comicidad	164
La comunidad de los recuerdos	170
Epílogo. El amigo imaginario	175
Referencias	181

PRÓLOGO

Amistades borrosas

Me inquieta escuchar historias plácidas de amistad. La confianza y el confort con los que mucha gente se refiere a sus amigos despierta en mí una alarma, que no sé si es una señal de sospecha o de envidia.

La amistad acostumbra a presentarse hoy como un espacio de seguridad, de compañía cotidiana y de encuentro sincero, como una de las pocas realidades claras y estables que nos sostienen en un mundo en el que ha fallado todo lo demás. Hablamos de nuestros amigos y amigas como aquellos que siempre están ahí y que apoyan, cuidan y acompañan nuestras vidas, condicionadas por la incertidumbre y la precariedad. Compramos y consumimos historias de amistad que la vuelven literal y evidente: ¿quién no ha tenido a sus amigas cerca en un momento de crisis vital? ¿Quién no queda con sus amigos cuando la pareja desaparece? ¿Quién no tiene a esa persona con quien confesarlo todo? Todos sabemos que, bajo este espejismo de bienestar garantizado, la amistad es un espacio de relaciones tan inquietante como temible, afectado por un deseo y por un miedo que escapan a lo que podemos llegar a nombrar: el deseo de ser amados porque sí y el miedo a no serlo.

Yo no siempre he contado con esta confianza en los amigos ni en la seguridad de su compañía. No estoy poniendo en duda el afecto de personas concretas, sino que estoy manifestando la inquietud que han despertado en mí las relaciones de amistad y la dificultad de aprender a hacer amigos y a acompañarnos de verdad, más allá de los códigos sociales, sus límites, sus hipocresías y sus imposi-

ciones. Me atrevería a decir que esta inseguridad no es solo mía, aunque sea una confesión que produce casi más vergüenza que no tener pareja o no tenerla de forma estable. No hay palabras ni relatos para contar las historias difíciles de amistad, sus rupturas y las dudas que generan. No es fácil nombrar la falta de amigos. ¿Qué palabra tenemos para referirnos a una persona «soltera» de amigos? Es una soledad sin épica y sin nombre, que bascula entre la lástima y la sospecha. Pero creo que somos muchas las voces silenciosas que no hemos crecido contando, por defecto, con la plenitud de la amistad ni la hemos visto nunca como algo evidente, ligero y cotidiano. La amistad, cuando es vivida como un problema, se convierte —y *te* convierte— en un problema.

Contamos con que las parejas pueden romperse, que los hijos, si los hay, se marcharán, que los trabajos cambian..., pero que, en cambio, los amigos siempre están y estarán allí. Si lo pensamos bien, sin embargo, los amigos y las amigas son lo menos seguro de nuestras vidas: nada pide que existan. Podríamos vivir una vida entera y no tener, nunca, ningún amigo. Podríamos haber ido a la escuela, crecer en una familia, desempeñar profesiones diversas, crear una nueva familia, o no, tener aficiones e intereses, hacer deporte y viajar, militar en un grupo político o en un movimiento social, etcétera, y no haber tenido amigos. La sociedad es una trama compuesta por muchos tipos de vínculos y de afectos que forman parte de la red necesaria para la reproducción social y material de la vida: parientes, colegas, parejas, camaradas, vecinos... ¿Por qué y para qué, entonces, los amigos y las amigas?

Este libro es un intento de aventurarse en esta pregunta, para seguir los caminos que nos abran sus posibles respuestas. Disponemos de explicaciones psicológicas, antropológicas y sociológicas acerca del fenómeno de la amistad y de sus efectos en la creación del vínculo social, redes de confianza y configuración de la propia identidad. Todas ellas son importantes y arrojan luz sobre un tipo de afecto que baila entre la costumbre y el milagro, entre lo más normal y lo más excepcional. Pero, más allá de las explicaciones estructurales, sigue habiendo algo en la amistad que no hemos

conseguido localizar, algo que escapa a la escritura, es decir, que se escurre entre la narración de las historias de amistad y la teorización de sus razones. Hay una historia no escrita de la amistad, porque nada de lo que hemos escrito acerca de ella agota lo raro de que exista como modo de afecto, en general, y de que exista ese amigo o esa amiga que, sin formar parte de ninguna de las relaciones formales e instrumentales de nuestra vida, hace que esta sea distinta.

La amistad es a la vez tan cotidiana y tan rara que no hemos construido instituciones para ella. Para ser amigos no nos casamos ni necesitamos firmar documentos o inscribirnos en un registro, elaborar unos estatutos o aprobar un proyecto. Las relaciones de amistad están atravesadas por múltiples reglas, costumbres, rituales, formas de regulación, modos de expresarse y de reconocerse, pero, por alguna razón, nos hemos olvidado o hemos evitado convertirlas en institución. ¿Por qué?

Desde este interrogante, este libro se propone discurrir por los márgenes de la escritura sobre la amistad, siguiendo sus hilos conceptuales, pero adentrándose también en sus vacíos. Como una indagación detectivesca propia de las novelas juveniles, que a muchas generaciones nos han educado en la amistad de grupo, en sus peligros y sus sueños, cada uno de los capítulos seguirá una pista que nos descubra, desde otra perspectiva, algo de lo que queda oculto en las palabras con las que encerramos y codificamos el sentido de la amistad.

*

A menudo, la mejor manera de ocultar algo es haciéndolo explícito. Más que el tabú, que enciende los resortes del miedo y del deseo, es la normalización de los discursos, tanto académicos como mediáticos, lo que dificulta escuchar y ver las cosas de otra manera. Como explicaba Foucault al inicio de su *Historia de la sexualidad*, cuanto más se habla de sexo, y se normalizan el relato y las teorías acerca de sus múltiples manifestaciones, más lejos se está de poder hacer de ello una experiencia liberadora. No sé si está sucediendo algo

parecido con la amistad, intuyo que sí y de ahí la necesidad de escribir este libro, de utilizarlo como una herramienta para la sospecha y la indagación. Vemos cómo las novelas, las series, las obras de teatro, las redes sociales y las anécdotas cotidianas se llenan, hoy, de historias de amigos y de amigas. Es un fenómeno evidente entre las generaciones más jóvenes, atravesadas por la precariedad y la crisis de los modelos de pareja y familia tradicionales, pero también sucede entre aquellos que, tras los divorcios y las jubilaciones, encuentran actualmente, en la amistad, un lugar desde donde resituar sus afectos, sus deseos, sus intereses y su soledad. En el circuito de las modas culturales, todo va tan rápido que ya hay quien expresa cierto hartazgo del tema e, incluso, quien ironiza sobre la deriva patológica de este exceso de atención.¹

Nos encontramos en una época en la que una interesante reinención de los afectos en todos los órdenes de la vida se cruza peligrosamente con una reducción de la amistad a remedio terapéutico: salvavidas de una vida huérfana, refugio de una vida amenazada. Tras años dando todas las vueltas posibles al amor, a la pareja y a las relaciones sexuales, hoy la amistad aparece en los medios de comunicación, en los apartados de psicología de los periódicos, en las páginas web de autoayuda y, también, en investigaciones académicas, como la poción mágica que puede curar los males de este siglo sin tiempo en el que vivimos: la soledad y el malestar. La correlación entre la existencia de redes de amistad y una mejor salud mental, incluso física, está demostrada. Está comprobada, también, la importancia de la amistad para sobrevivir a los cambios constantes de lugar de residencia y de trabajo, ya que los amigos y las amigas se convierten en contactos y puntos de apoyo para las siguientes oportunidades, y en el único hilo de continuidad en una vida constantemente interrumpida. ¿De qué nos tiene que curar la amistad?

Hay muchos tipos de afecto y formas de compañía. Lo que la amistad parece aportar, en medio de todo ello, es un elemento de

1. Por ejemplo, el bestseller *Friendaholic. Confessions of a Friendship Addict*, Fourth Estate, Londres, 2023, de Elizabeth Day.

verdad. Como ha destacado toda la tradición filosófica sobre la amistad, desde la Antigua Grecia hasta hoy, la amistad es uno de los pocos elementos verdaderos de la vida, es decir, una de las pocas cosas que tiene valor por sí misma. Los amigos y las amigas no existen como un medio para un fin, sino que son, precisamente, esos seres únicos a los que amamos por sí mismos. No responden a ninguna finalidad ni productiva ni reproductiva que justifique su existencia. Este núcleo de verdad que hay en la amistad parece ser una de las últimas certezas que quedan en pie, hoy, en una esfera pública de existencias *fake*. Entre todos alimentamos el simulacro de felicidad que devora nuestro tiempo y nuestro deseo en las redes. El simulacro no es un engaño, es una creación que necesitamos sostener entre todos para soportarnos a nosotros mismos. Se alimenta de la exposición constante de nuestros cambios de vida, de nuestros proyectos, nuestras relaciones amorosas o sexuales, nuestras mascotas, nuestros *outfits* o nuestras rutinas de belleza, nuestros viajes, deportes o dietas. Nadie necesita creerse el simulacro, porque lo que importa son solamente sus efectos calmantes. Las relaciones de amistad, en cambio, parecen ofrecernos una isla de veracidad, como un subtexto necesario para que los píxeles de la ilusión no nos devoren del todo. La amistad terapéutica que domina los relatos actuales es medio solucionista, medio mágica. Busca un remedio eficaz e incuestionable a situaciones, como la precariedad o la soledad, que tienen múltiples causas.

Frente a esta expectativa, a menudo defraudada, pienso que la fuerza de la amistad no reside en ser un remedio, sino un problema. La amistad siempre ha sido el problema. Es decir, es el vínculo a partir del cual podemos problematizar aquello que somos y no hemos podido escoger: el parentesco heredado, la posición social, el género y la sexualidad asignados, así como la condición profesional o las ideologías que configuran nuestros contextos culturales. «Dime con quién andas y te diré quién eres», reza el dicho. Precisamente en esa posibilidad de andar con quien no toca reside el riesgo y la potencia de la amistad. También es esa posibilidad que, cuando no se da, hace todavía más firme la sentencia, la condena a ser solo quien

ya debías ser. La amistad da nombre, así, a una trama de relaciones sociales ambivalentes: por un lado, las relaciones de amistad son una eficaz herramienta de socialización normalizadora, que impone sus reglas de género, de clase, así como sus condiciones políticas y morales a aquellos que se pueden llamar, entre sí, amigos. Pero también encontramos en los amigos una posibilidad de cuestionamiento, de alianza y de distorsión de esos mismos códigos y roles establecidos. No está claro dónde empieza una cosa y dónde acaba la otra.

*

Si reviso los momentos de mi relación con la amistad, de la mezcla de inquietud y de curiosidad que hoy, pasado el medio siglo de vida, hace que esté escribiendo este libro, diría que ha transcurrido por cuatro fases, a las que no sabría poner un final claro. La *inconsciencia de los amigos* nombraría, para mí, esa etapa de la infancia en la que los amigos y amigas no se hacen, sino que están. Aparecen en la escuela, en los lugares de veraneo, en las plazas y espacios de juego, en los encuentros familiares... Forman parte de muchas otras compañías, humanas y no humanas, entre juguetes, animales domésticos, familiares, maestros o monitores. Además, en los ambientes en los que crecí, entre los años setenta y ochenta del siglo pasado, niños y niñas volvíamos a poder jugar y aprender juntos, y esa recobrada proximidad se vivía con alegría y con naturalidad. Entre la sexualización de los cuerpos de la moral católica y la que impondría poco después el mercado neoliberal, algunos y algunas pudimos gozar de cierta indefinición de los aspectos, los afectos y los comportamientos, que han dejado, en mi recuerdo, una colección de fotos donde, entre las pandillas amontonadas, siempre se encuentra la pista de una niña con apariencia de niño, de pelo rizado despeinado y pantalones de pana acampanados.

Esa etapa se cerró bruscamente y dio paso a la *ausencia de los amigos*. La soledad típicamente adolescente, intensificada por la vergüenza y la culpa de una ruptura familiar de largas consecuencias, alteró para mí cualquier tipo de proximidad y de intimidad.

Aprendí entonces cómo la vida social, debidamente gestionada, sirve para ocultar ese vacío. No me atreví a mostrar mi soledad. La educación y la cultura sirven para ocultarla y que no resulte inquietante para nadie. Aprendí a no hacer de mi soledad algo molesto. Lo que se queda quieto aprende a observar, leí hace poco en referencia al mundo vegetal. Vegetar, también, en el campo de los afectos, puede tener esta consecuencia: una disociación que afina la atención. Aprendí a mirar de otra manera. ¿Quién es próximo y quién es lejano? ¿Qué hace a alguien cómplice y qué convierte lo extraño en familiar?

Estas preguntas no se agotaron cuando un nuevo giro biográfico cerró esta etapa marcada por la soledad disimulada y llegó, con la universidad, un periodo de *abundancia de amigos*. La abundancia es lo que es: una acumulación sin criterio, la fiesta de una mesa repleta de manjares, la riqueza de una tierra fértil, la celebración de la apertura y del encuentro. El capitalismo convierte la abundancia en ansia de acumulación. En el caso de las amistades, en capital social acumulable. Creo que quienes confluimos en esos años no lo vivimos así. Eran los años noventa y estudiábamos filosofía, no hacíamos nada que nos permitiera acumular nada; más bien, perdíamos el tiempo juntos. Esa fue nuestra riqueza. Ese fue nuestro derroche y nuestro disfrute.

Y de ahí salí con una o varias *alianzas de amigos*. Amigos-guerrilla o guerrillas de amigos y de amigas que hemos atravesado décadas, con muchas pérdidas y algunos reencuentros en el camino. Nos hemos preguntado qué es una alianza de amigos. Yo ensayé mi respuesta, a través de una narración, en mi libro *Ciudad Princesa* (2018). Pero tengo que decir que todavía no lo sé. Lo puedo contar, pero no consigo argumentarlo. Tiene que ver con una extraña amalgama entre lo íntimo y lo político, sin que lo íntimo sea lo privado ni lo político se reduzca a la militancia ni a la acción colectiva. Tiene que ver con una especie de contrasociedad, que se sabe y se organiza sin ponerse al margen. La amistad no es la comunidad. Tampoco es un ideal de sociedad. Seguramente las atraviesa, sin ser ni una ni otra. Por eso, hay algo en ella que escapa a los contornos,

a las definiciones y a las escrituras. No es inefable, pero contiene o propone un misterio. No me hubiera atrevido a escribir este libro de joven, ni siquiera a pensarlo. Pero la edad libera ataduras que tienen que ver con el miedo a ser o a no ser. La frase de Hamlet solo podía pronunciarla un joven príncipe expuesto a la angustia frente a senderos que no solo se bifurcan, sino que escinden la vida que todavía no hemos llegado a tocar.

Llega un momento, sin embargo, en que esta apuesta de todo o nada deja de ser dual y trágica. Puede ser un momento de la vida o el sentido de una época. Siento que, en la actualidad, hay algo borroso en el tiempo de nuestras vidas que pide que nos esforcemos en intentar ver y pensar mejor. «Borroso» puede significar «confuso», y la confusión puede conducir a la ofuscación o a la búsqueda de una autoridad que oriente. Pero «borroso» también significa «difuso», que es la característica de los contornos que se convierten en umbrales. Pasa con la imagen, pero también con los conceptos y con la lógica. La lógica borrosa o difusa opera con umbrales y gradaciones de verdad, que no por ello son menos verdaderas.

Las relaciones de amistad no se enfrentan hoy al dilema hamletiano de ser o no ser, sino que oscilan entre la confusión y la difusión. O bien se hace de los amigos y amigas un valor orientador incuestionable e idealizado, el único que puede salvarnos entre tanto caos ambiental y personal, o bien la experiencia de la amistad se difumina hasta el punto de no saber distinguir un *like* de un amigo. O bien se persigue esa amistad auténtica, perfecta y verdadera, que, como veremos, es un concepto que viene de la tradición clásica, o bien nos perdemos entre un sinfín de contactos sociales a los que no sabemos asignar otro valor que el de la cantidad.

Mientras se debaten y se estudian estos dilemas en los medios, la academia o las consultas psicológicas, lo que nos pasa desapercibido es que vivimos nuestro deseo de amistad en sociedades de la enemistad.¹ Si la política se ha basado en la distinción entre quién es

1. Tomo esta expresión del libro de Achille Mbembe, *Políticas de la enemistad*, NED, Barcelona, 2018.

el amigo y quién el enemigo, hoy cualquier presencia es vista y clasificada como potencialmente enemiga, es decir, como algo o alguien que puede poner en peligro nuestra existencia. Esta peligrosidad puede ser íntima o planetaria. Es afectiva, personal y micropolítica, y, al mismo tiempo, organiza el sentido de la convivencia entre extraños a escala mundial. La confusión se convierte, entonces, en una herramienta de gobierno a través del miedo y del control. Las relaciones de amistad y de enemistad se encuentran en el centro de este sistema de poder.

*

Este libro parte de la confusión y se propone descubrir la potencia de la extrañeza. El camino de este descubrimiento no es lineal. Parte de una constatación: las relaciones de amistad son las únicas formas de interacción social estable para las que no hemos inventado una institución propia. La constatación contiene una pregunta: ¿por qué? El punto de llegada, si se mira el índice, tiene una palabra clave: soledad. O dos: invención y soledad. También contiene una pregunta: ¿qué relación hay entre ambas? Entre el punto de partida y el de llegada hay una hipótesis: la pasión de los extraños. Es una hipótesis que se presenta como una figura desde la que pensar la amistad. Esta figura puede ser imaginada, desde ahora, como la pieza clave de un retablo en el que vamos a encontrar una historia, la de la filosofía de la amistad, sus puntos ciegos y todo lo que nos ha quedado por pensar, en los márgenes de una escritura que nos ha regalado muchos silencios.

*

Es muy fácil y muy difícil hablar de la amistad. Es muy fácil y muy difícil saber quiénes son nuestros amigos. Es muy fácil y muy difícil perderlos. Es muy fácil y muy difícil reencontrarlos.

Barcelona, verano de 2024